

JACK KEROUAC

EL ÁNGEL
SUBTERRÁNEO

Traducción del inglés por
J. R. WILCOCK



BUENOS AIRES

Del bar salían montones de personas interesantes, la noche me hacía una honda impresión; una especie de Marlon Brando de pelo oscuro estilo Truman Capote con una hermosa muchacha o muchacho afeminado con pantalones y estrellas en los ojos y caderas que parecían tan suaves, cuando se metía las manos en los bolsillos se advertía el cambio, y oscuras piernas delgadas que terminaban en pies pequeños, y esa cara, y tras ellos un tipo con otra muchacha bellísima, que se llamaba —el tipo— Rob y es una especie de soldado de aventura israelí con acento inglés, de esos que uno, supongo, se encuentra a las cinco de la madrugada en un bar de la Riviera bebiéndose todo lo que tiene delante de los ojos por orden alfabético con una cantidad de interesantes amigos pertenecientes a algún grupo loco internacional de juerga en Europa. Larry O'Hara me presentó a Roger Beloit, y no me parecía posible que ese jovencito de cara ordinaria que tenía delante fuera el gran

poeta que yo había venerado en mi juventud, mi juventud, mi juventud, es decir, 1948, insisto en decir mi juventud. "¿Roger Beloit? Soy Bennett Fitzpatrick" (el padre de Walt) lo que provocó una sonrisa en los labios de Roger Beloit; y por último Adam Moorad que finalmente había emergido de la noche mientras la noche se abría...

De modo que nos fuimos todos a casa de Larry y Julien se sentó en el suelo delante de un diario abierto sobre el cual había volcado la marijuana (latinoamericana, de mala calidad, pero bastante buena de todos modos) y empezó a liar los cigarrillos, o a "retorcerlos", como me había dicho Jack Steen, el ausente, la víspera de año nuevo, y ése había sido mi primer contacto con los subterráneos; se había ofrecido para liarme uno y yo le había contestado bastante fríamente "¿Por qué? Yo me lío los míos", e inmediatamente una nube había atravesado su carita sensitiva, etcétera, y me odió, y por lo tanto me volvió las espaldas toda la noche, cada vez que se le presentó la ocasión; pero ahora era Julien el que estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas, era él el que preparaba los cigarrillos y todos hablaban como zumbando, conversaciones que por cierto no repetiré, salvo que era algo así como: "Estoy buscando este libro de Percepied... ¿quién es Percepied? ¿no lo han reventado todavía?", y cositas por el estilo, o mientras escuchábamos a Stan Kenton que hablaba de la música del porvenir y oíamos a un nuevo instrumentista que estaba abriéndose camino, Ricci Comucca; de pronto Roger Beloit dice, con una mueca de sus labios expresivos, delgados y purpúreos: "¿Y esta es la música de mañana?", mientras Larry O'Hara nos cuenta las habituales anécdotas de su repertorio. Al venir, en el Chevrolet 36, Julien, sentado al lado mío en el suelo o más bien el fondo del coche, había tendido la mano y había exclamado: "Me llamo Julien Alexander, algo tengo, he conquistado Egipto", y a continuación Mardou le había tendido la mano a Adam Moorad y se había presentado diciendo: "Mardou Fox"; pero no se le ocurrió hacerlo conmigo, lo que hubiera sido mi primer atisbo de la

profecía de lo que sucedería después, de modo que tuve que darle yo la mano y decirle: "Me llamo Leo Percepiéd", —ay, siempre buscamos a los que realmente no nos buscan. Ella en realidad se interesaba por Adam Moorad, ya que Julien acababa de rechazarla, fría y subterráneamente; a ella le interesaban los intelectuales flacos, ascéticos, extraños de San Francisco y Berkeley, y no los atorrantes corpulentos paranoicos como yo, que viajaban en vapores y en trenes y escribían novelas y todas esas cosas odiosas que en mí son para mí tan evidentes y por lo tanto también lo serán para los demás; aunque sin ver, tal vez porque era diez años más joven que yo, ninguna de mis virtudes, de todos modos hace tanto tiempo sumergidas bajo años de drogas y de desear morir, renunciar a todo y olvidar todo, morir en la estrella oscura. Fui yo que le di la mano, no ella, ¡ah qué tiempos!

Pero mientras observaba sus diminutos encantos sólo tenía una sola idea, la de que debía a toda costa sumergir mi alma solitaria ("un hombre grandote, triste, solitario", así me dijo ella más tarde, una noche, al verme de pronto en el sillón) en el baño cálido y en la salvación de sus muslos, anhelaba esas intimidades de los jóvenes amantes en la cama, altos, los ojos delante de los ojos, el pecho frente al pecho desnudo, órganos juntos, rodillas que se apretan contra rodillas temblorosas y pecosas, cambiándose actos de amor y de existencia por el gusto de *hacerlo*. "Hacerlo", la gran expresión suya; me parece estar viendo sus dientitos salientes entre los labios rojos, viendo "hacerlo", la clave del dolor. Se había sentado en un rincón, al lado de la ventana, y demostraba sentirse "separada" o "aislada", o "dispuesta a no tener nada que ver con ese grupo" por motivos especiales suyos. Al rincón me fui, apoyando la cabeza no sobre ella sino sobre la pared, y primero probé la comunicación silenciosa, luego palabras en voz baja (como conviene a una reunión), palabras al estilo elegante de la Playa, "¿qué estás leyendo?", y por primera vez abrió la boca y me habló, comunicándome un entero pensamiento, y el corazón no se me subió exactamente a la boca, pero me pregunté, al oír la cómica entonación culta, parte estilo Playa, parte modelo de Magnin, parte

Berkeley, parte negro aristocrático, algo raro, una mescolanza de idioma y entonación y empleo de las palabras que yo no había oído nunca hasta ese momento, salvo en ciertas mujeres excepcionales, por supuesto *blancas*, algo tan raro que hasta Adam se dio cuenta en seguida y me lo comentó esa misma noche; pero era sin lugar a dudas la manera de hablar de la nueva generación del *bop*, con las vocales arrastradas y deformadas, como el estilo que antes se llamaba "afeminado", de modo que cuando uno lo oye en un hombre al principio suena bastante desagradable, y cuando uno lo oye en una mujer es encantador pero resulta demasiado extraño; una entonación que yo ya había oído sin lugar a dudas con mucha curiosidad en la voz de los nuevos cantantes de *bop*, como Jerry Winters especialmente con la banda de Kenton en el disco *Yes Dady Yes*, y tal vez en Jeri Southern, también; pero el alma se me vino a los pies porque la Playa siempre me ha odiado, me ha hecho a un lado, me ha pasado por alto, se ha burlado de mí, desde el principio, en 1943, hasta hoy; porque naturalmente, cuando me ven pasar por la calle, soy una especie de tipo de bajo fondo, pero después, cuando se enteran de que no soy un tipo así sino una especie de santo loco, no les gusta nada y además temen que de pronto me vuelva después de todo un tipo de bajo fondo, y empiece a los golpes, a romper cosas, y en realidad es lo que casi siempre he hecho, durante la adolescencia especialmente, como la vez que vagaba por la Playa con el equipo de basketbol de Stanford, más exactamente con Red Kelly cuya mujer (¿correcto?) murió en Redwood City en 1946, con todo el equipo detrás de nosotros, además de los hermanos Garetta, y Red obligó a empujones a un violinista, un homosexual, a entrar en un zaguán y yo empujé otro, y mientras él la emprendía a golpes con el suyo yo atravesaba al mío con la mirada; yo tenía dieciocho años, era un guapo y además fresco como una rosa; y ahora, al leer ese pasado mío en el ceño fruncido y en la mirada fija y en el horror y en el desorden de mi frente orgullosa, no querían saber más nada de mí, y por eso, naturalmente, también comprendí que Mar-

dou sentía una verdadera y genuina desconfianza, hasta repugnancia de mí que estaba allí a su lado sentado “tratando” (no de hacerLO) sino “de hacerla”: tan poco *hipster*, tan atrevido, tan sonriente, con esa sonrisa falsa histérica, “compulsiva” como la llaman; yo caliente, ellos fríos, y además tenía una camisa muy llamativa, lo contrario de una camisa elegante, que había comprado en Broadway, cuando estaba en New York y pensaba que no bajaría del barco hasta llegar a Kobe, una ridícula camisa hawaiana estilo Bing Crosby con dibujos estampados; la cual, virilmente y vano, de acuerdo con la honesta humildad original de mi persona de todos los días (esto va de veras), una vez que hube fumado dos pitadas de marijuana me sentí obligado a abrimme, un botón más de lo normal, para mostrar mi pecho peludo y tostado, lo que le habrá causado asco; sea como sea no miró; hablaba poco y en voz baja, todo el tiempo mirando a Julien que estaba sentado en el suelo en cuclillas y le daba la espalda, y escuchaba y murmuraba siguiendo las risas de la conversación general, en gran parte dirigida por O'Hara y el vocinglero Roger Benoit y ese inteligente aventurero Rob, y yo, demasiado callado, escuchando, estudiándolos, pero con la vanidad de la droga dejando de vez en cuando caer alguna observación “perfecta” (así lo creía yo) que en realidad era “demasiado perfecta”, pero para Adam Moorad, que me conocía de siempre, clara indicación de mi respeto y mi atención y en el fondo mi temor del grupo; para ellos era una persona nueva que intercalaba observaciones para demostrar su condición de *hipster*; era todo horrible, irredimible. Aunque en un primer momento, antes de la marijuana, que nos pasábamos por turno al estilo indio, tuve la sensación definida de que podía acercarme a Mardou y tener algo con ella y llevármela conmigo esa mismísima noche, es decir, salir con ella sola aunque fuera para tomar un café y nada más, pero después de la marijuana, que me hizo rezar reverentemente y con secreta seriedad por el retorno de mi “cordura” pre-dróguica, me volví extremadamente inseguro de mí mismo, probando y probando, seguro de que yo no le gustaba,

odiando las circunstancias; recordando aquella primera noche cuando conocí a mi amor Nicki Peters, en 1948, en el cuarto de Adam Moorad, en el (entonces) Fillmore; yo estaba despreocupadamente bebiendo cerveza en la cocina como siempre (y en casa trabajando furiosamente en una enorme novela, loco, chiflado, seguro, joven, talentoso como nunca más volví a serlo) cuando ella me señaló el perfil de mi sombra en la pared verde claro y dijo: "qué hermoso es tu perfil", lo que me desconcertó y (como la droga) me volvió inseguro de mí mismo, atento, tratando de "empezar a conquistarla", comportándome de una manera que a causa de su casi hipnótica sugestión me condujo a los primeros sondeos preliminares de orgullo versus orgullo y belleza o beatitud o sensibilidad versus la estúpida nerviosidad neurótica del individuo de tipo fálico, constantemente consciente de su falo, su torre, y de las mujeres en su calidad de pozos; lo que es en el fondo la verdad de la cuestión, y el hombre un descentrado, sin punto fijo; y ya no estamos en 1948 sino en 1953, con una nueva generación, y yo con cinco años más encima, o cinco años menos, obligado a hacerlo (o hacerlas) con un estilo nuevo y disimular la nerviosidad... en todo caso, renuncié a tratar conscientemente de conquistar a Mardou y me preparé para una noche de estudio del grandioso nuevo grupo de subterráneos que Adam había descubierto y denominado en la Playa.

Pero desde el primer momento Mardou se mostró realmente independiente, o dependiente de sí misma y de nadie más, anunciando que no sentía necesidad de nadie, que no quería tener nada que ver con nadie, para terminar (después de mí) como al empezar; y ahora, bajo la noche fría sin compasión, lo siento en el aire, ese anuncio suyo, y siento que sus dientitos ya no son míos sino probablemente de mi enemigo, que se los lame y le suministra el tratamiento sádico que ella probablemente prefiere y que yo no supe darle —siento el crimen en el aire—, y esa esquina desolada donde brilla un farol, y los vientos se arremolinan, un papel, la niebla; veo la vasta cara mía desalentada, y lo que yo llamo mi amor

que chorrea por la callejuela, todo inútil; como antes solían ser gotas de melancolía sobre los sillones calientes, abatido de lunas (aunque esta noche es la gran noche de luna llena); como antes, cuando surgió en mí la comprensión de la necesidad de regenerar al amor universal, como corresponde a un gran escritor, como un Lutero, como un Wagner; y ahora esta cálida imagen de grandeza es un vasto escalofrío en el viento, porque también la grandeza muere, ay, y ¿quién dijo que yo era grande? ¿Y suponiendo que uno fuera un gran escritor, un Shakespeare secreto de la noche acolchada? Realmente, un poema de Baudelaire no compensa su dolor, su dolor (fué Mardou que finalmente me dijo: “hubiera preferido que él fuera dichoso en vez de los poemas desdichados que nos ha dejado”, una opinión con la cual estoy de acuerdo, soy Baudelaire, estoy enamorado de mi amante negra, y también yo me incliné sobre su vientre y escuché sus ruidos subterráneos); pero pensando mejor en su anuncio primero de independencia hubiera debido comprender, creer en la sinceridad del desagrado que le causaba tener algo con alguien, en vez de precipitarme hacia ella como queriendo lastimarme y “lacerarme”, y en realidad porque lo deseaba; otra “laceración” como ésta y me voy al cementerio, porque ahora la muerte agita sus grandes alas frente a mi ventana, la veo, la oigo, la huelo; la veo en la silueta informe de mis camisas colgadas y destinadas a no ser usadas, nuevas y viejas a la vez, elegantes y pasadas de moda, mis corbatas como serpientes colgadas que ya no usaré más, las frazadas nuevas para las camas de la paz otoñal que ahora son camitas que se retuercen, se precipitan en el mar del suicidio; pérdida, odio, paranoia; era su carita lo que yo quería atravesar, y lo hice. . .

Esa mañana, cuando la reunión estaba en lo mejor y yo me encontraba en el cuarto de Larry nuevamente admirando la luz roja y recordando la noche que habíamos traído a Micky y la habíamos “hecho” los tres, Adam, Larry y yo, y habíamos fumado y bebido un enorme cocktail de sexo, algo extraordinario, entró Larry y me dijo: “Oye, ¿piensas convencerla esta noche misma?”

"Me gustaría, pero no sé..." "Bueno viejo, trata de averiguarlo, no te queda mucho tiempo, qué te pasa, traémos a toda esta gente a casa y les damos toda esta droga y para colmo toda la cerveza que tenía en la heladera, hombre, tenemos que sacarle algún provecho, ocúpate, muévete..." "Oh, ¿así que te gusta?" "Me gustan todas, hombre, pero en fin, después de todo..." Lo que me indujo a efectuar una nueva tentativa breve, desganada, destinada al fracaso; una mirada, una observación, sentado a su lado en el rincón, pero al fin renuncié, y al alba se fue con los demás que habían salido para tomar un café y yo bajé también con Adam para volver a verla (habiéndolos seguido escaleras abajo cinco minutos después) y allí estaban todos pero ella no; independiente, oscura, pensativa, se había ido a su cuartito sofocante de Heavenly Lane en Telegraph Hill.

Por lo tanto me fui a casa y durante varios días se me apareció en mis fantasías sexuales; era ella, pies oscuros, correas de las sandalias, ojos negros, carita delicada morena, pómulos y mejillas de Rita Savage, pequeña intimidación secreta y no sé cómo ahora con un encanto serpentino suave, como sienta a una mujercita morena que prefiere vestir de oscuro, pobres vestidos de *beat*, de subterránea...

Varias noches después, con una sonrisa maligna, Adam me anunció que la había encontrado en un ómnibus de Third Street y que habían ido a casa de él para conversar y beber algo y habían tenido una larguísima conversación que, al estilo Leroy, culminó con Adam desnudo leyendo poesía china y luego pasando la droga para terminar en la cama: "¡Y es tan cariñosa, Dios santo, tiene esa manera de envolverte de pronto en sus brazos como sin el menor motivo salvo el puro afecto repentino!" "¿Y piensas seguir la aventura con ella?" "Bueno, te diré, realmente... esta mujer es todo un caso, y bastante loca además, se está haciendo una cura, según parece, y hace muy poco estuvo muy mal, creo que fue por culpa de Julien, se está haciendo una cura con el psicoanalista pero no lo dice, se pasa las horas sentada o acostada, leyendo, o sin hacer nada, salvo mirar el techo todo

el santo día en su pieza, dieciocho dólares al mes en Heavenly Lane, al parecer recibe una especie de pensión que depende no sé cómo de los médicos que la atienden o de no sé quién, relacionada con su incapacidad de trabajar o algo así; está siempre hablando del asunto, y en realidad habla demasiado, por lo menos para mí gusto, según parece padece de verdaderas alucinaciones con las monjas del orfelinato donde se crió, las ha visto y hasta las ha oído proferir amenazas; y también otras cosas, como la sensación de tomar morfina aunque nunca la ha probado, solamente conoce algunos morfínomanos". "¿Julien?" "Julien la toma cada vez que se le presenta una ocasión, lo que no ocurre a menudo porque no tiene dinero y su ambición en realidad es llegar a ser un verdadero morfínomano; pero en todo caso la chica ha tenido alucinaciones, no exactamente de tomarla, pero sí de que alguien o algo se la inyectaba, no sé cómo, secretamente, gente que la sigue por la calle, imagínate, y está verdaderamente loca; es demasiado para mí, y al fin de cuentas, considerando que es una negra, no quiero atarme a ella demasiado". "¿Es bonita?" "Hermosa, pero no puedo, esa es la verdad". "Pero viejo, no se puede negar que tiene unas formas y todo lo demás..." "Bueno, muy bien, querrá decir que tú puedes; podrías ir a verla, te doy la dirección, o mejor todavía, la invito a venir aquí y charlamos, puedes hacer la prueba si te parece, pero aunque siento una fortísima atracción sexual hacia ella, y todo lo demás, realmente no quiero meterme demasiado con ella, no solamente por estos motivos que te dije, sino también en el fondo por un motivo serio, que si debo tener algo serio con una mujer esta vez quisiera que fuera algo permanente, permanente y serio y por mucho tiempo, y con ella no podría". "A mí también me gustaría algo largo y permanente, etcétera..." "Bueno, veremos".

Me dijo que una de esas noches ella vendría para comer alguna cosita improvisada que él mismo prepararía, de modo que cuando llegó yo también estaba en casa, fumando la droga en el living-room a la luz de una bombita roja opaca; entró con su aspecto de siempre pero

esta vez llevaba una camisa sencilla de sport de seda azul y pantalones de fantasía, y yo no me moví, con aire distante, simulando desdén, con la esperanza de que ella lo advirtiera, y con el resultado de que cuando la dama entró en el cuarto no me levanté.

Mientras ellos comían en la cocina hice como que leía. Simulé no prestarles ni la más mínima atención. Después salimos a dar una vuelta los tres pero la tensión había disminuido y los tres tratábamos de conversar, como tres buenos amigos que desean estrechar sus vínculos y decirse todo lo que les pasa por la imaginación, en amistosa rivalidad. Fuimos al "Red Drum" a oír un poco de jazz, esa noche estaba Charlie Parker con Honduras Jones en el tambor y otros personajes interesantes, probablemente estaba también Rogert Beloit, con quien ahora deseaba encontrarme; y ese entusiasmo del *bop* tierno y nocturno de San Francisco en el aire, pero ahora en la fresca y tierna y descansada Playa; fue así que desde la casa de Adam en Telegraph Hill bajamos corriendo por la calle blanca bajo los faroles, corrimos, saltamos, mostramos nuestras habilidades, nos divertimos; nos sentíamos dichosos, algo palpitaba, y me gustaba que ella pudiera caminar tan rápido como nosotros, una belleza pequeña, delgada y vigorosa con la cual uno podía pasear por la calle, y tan llamativa que todos se volvían para mirarla y para mirarnos, Adam extraño y barbudo, la morena Mardou con esos pantalones raros, y yo, corpulento, facineroso y feliz.

Llegamos al "Red Drum", una mesa cubierta de vasos de cerveza (unos cuantos vasos para ser exacto), y todos los muchachos que entraban y salían en grupos, pagando un dólar veinticinco en la entrada, con ese tipo bajito de cara de comadreja y ondulaciones de la cadera que vendía las entradas junto a la puerta; Paddy Cordavan que entraba como flotando como había sido profetizado (un subterráneo alto y corpulento, rubio, con aire de mecánico y de vaquero, que venía del estado de Washington con *jeans* azules a esta fiesta de la generación loca, toda llena de humo y enloquecida; le grité "¡Paddy Cordavan!" y él contestó "Sí" y se acercó); todos sentados

juntos, grupos interesantes en varias mesas, Julien, Roxanne (una mujer de veinticinco años que parecía profetizar el futuro estilo norteamericano con el pelo corto casi a la marinera pero negro, rizado y serpentino, y una cara pálida, anémica de morfinómana; y hoy decimos morfinómano cuando en sus tiempos Dostoievski habría dicho ¿qué? ¿tal vez ascético o santo?, pero no en este caso, la cara pálida y fría de la muchacha fría y azul con su camisa blanca de hombre con los puños desabotonados, así la recuerdo inclinada hacia adelante charlando con alguien después de haberse abierto el paso a través de toda la sala de rodillas, a fuerza de hombros, inclinándose para hablar con una colilla muy corta de cigarrillo en la mano, y recuerdo la exacta sacudida que le daba en ese momento para hacer caer la ceniza, no una sino varias veces, con uñas largas largas de dos centímetros, y también ellas eran orientales y serpentinas); grupos de todas clases, y Ross Wallenstein, y la aglomeración, y allá arriba en la plataforma Bird Parker con sus ojos solemnes, porque había perdido su anterior popularidad, hacía muy poco de eso, y ahora regresaba a una especie de San Francisco muerto para el *bop*, aunque acababa de descubrir o le había hablado del "Red Drum", había sabido que los muchachos de la grandiosa nueva generación se reunían y aullaban allí, de modo que allí estaba, sobre la plataforma, examinándolos con la mirada mientras soplabá sus notas "locas" pero ahora-calculadas, los tambores resonantes, los agudos altísimos; y Adam que para hacerme un favor se retiró prudentemente a eso de las once de la noche para poder irse a la cama y levantarse a trabajar por la mañana, después de una rápida salida con Paddy y conmigo para beber una cerveza de diez céntimos, rápidamente, en el bar "Pantera", donde Paddy y yo en nuestra primera conversación pulseamos para reír; y luego Mardou salió conmigo, con los ojos alegres, entre dos números, también para beber una cerveza, pero ante su insistencia en vez del "Pantera" en el "Mask" donde cuestan quince céntimos, pero ella tenía algunas monedas y fuimos y empezamos a conversar seriamente y a sentirnos excitados por la cerveza; era por

fin el principio. Volvimos al Red Drum para oír a Bird, el cual, lo vi claramente, miró con curiosidad varias veces a Mardou, y también me miraba a mí, directamente en los ojos, para averiguar si yo era realmente el gran escritor que creía ser, como si conociera mis pensamientos y mis ambiciones o me recordara de otros locales nocturnos y de otras costas, otros Chicagos; no era una mirada de desafío, sino la mirada del rey y fundador de la generación del *bop*, por lo menos así parecía mientras observaba su auditorio espionando los ojos, los ojos secretos que lo vigilaban, y al mismo tiempo soplabá con los labios y ponía en acción su grandiosos pulmones y sus dedos inmortales, con sus ojos separados, interesados y humanos, el más simpático músico de jazz que se pueda imaginar, y al mismo tiempo, naturalmente, el más grande; observándonos a Mardou y a mí en la infancia de nuestro amor, y probablemente preguntándose por qué, o sabiendo que no podría durar, o viendo cuál de los dos habría de sufrir; y ahora, evidentemente, pero no del todo todavía, eran los ojos de Mardou los que brillaban en mi dirección, aunque yo no podía saberlo ni lo sé ahora con precisión; salvo una circunstancia, que al volver a casa, terminada la reunión y bebida la cerveza en el "Mask" volvíamos en el autobús de Third Street, tristemente, a través de la noche y las luces pulsantes de neón, cuando repentinamente me incliné sobre ella para gritarle algo su corazón (en su secreto interior, según confesiones posteriores) dio un salto al percibir la "dulzura de mi aliento" (así dijo) y de pronto casi me amó; y yo sin saberlo, cuando llegamos a la puerta triste, oscura y rusa de Heavenly Lane, un gran portón de hierro que chirriaba sobre las baldosas al abrirse, entre las entrañas desparramadas de los tachos de basura malolientes, tristemente apoyados uno sobre otro, espinazos de pescado, gatos, y por fin la callejuela; era la primera vez que yo la veía (la prolongada historia y la inmensidad de esa callejuela en mi alma, desde aquella vez en 1951, cuando pasando con mi cuaderno de apuntes un crudo atardecer de octubre, ocupado en descubrir mi propia alma de literato, vi por fin al subterráneo Víctor que una vez

se había venido a Big Sur en motocicleta, y según se decía había ido hasta Alaska con esa misma motocicleta y con la pollita subterránea Dorie Kiehl; allí me lo vi venir con su abrigo haraposo de Jesús, en dirección de su cuartito de Heavenly Lane, y lo seguí un rato, preguntándome cómo sería esta Heavenly Lane, recordando las largas conversaciones que durante años había tenido con personas como MacJones acerca del misterio y del silencio de los subterráneos, esos "Thoreau urbanos" como los llamaba Mac, o como Alfred Kazin en las conferencias de la Nueva Escuela de New York, cuando comentaba que todos los estudiantes se interesaban en Whitman desde un punto de vista sexual-revolucionario y en Thoreau desde un punto de vista contemplativo místico y antimaterialista como si fuera existencialista o lo que fuera; el asombro y la inocencia estilo Pierre-de-Melville ante esa callejuela, los vestiditos oscuros de arpillera de las *beat*, las historias que corrían de grandes saxofonistas que se inyectaban la morfina junto a las ventanas rotas y se ponían a tocar, o de grandes poetas jóvenes con barba que yacían allá arriba sumidos en sus santas oscuridades estilo Rouault; Heavenly Lane la famosa Heavenly Lane donde todos los subterráneos, tarde o temprano, terminaban por irse a vivir, como Alfred y su mujercita enfermiza, parecía algo salido directamente de los arrabales del San Petersburgo de Dostoievski, pero en realidad eran los verdaderos idealistas barbudos norteamericanos; en todo caso era el producto genuino en su plena perfección), era la primera vez que la veía, pero con Mardou, la ropa colgada en el patio, en realidad el patio del fondo de una gran casa de departamentos con veinte familias y ventanas como balcones; la ropa colgada delante de las ventanas y por la tarde la vasta sinfonía de madres italianas, de criaturas, de padres que se hacían los Finnegan y chillaban desde lo alto de una escalerita, olores, gatos que maullaban, mejicanos, la música de todas las radios, con los boleros de los mejicanos y los tenores italianos de los comedores de espaguetis y las sinfonías KPFA, a veces a todo volumen, de los conciertos de intelectuales tipo clavicordio y Vivaldi, bum,

blam, el estruendo tremendo que terminé por oír todo el verano acurrucado en los brazos de mi amor; entraba por fin, y subía por las escaleras angostas y mohosas como en un antro, y por fin su puerta.